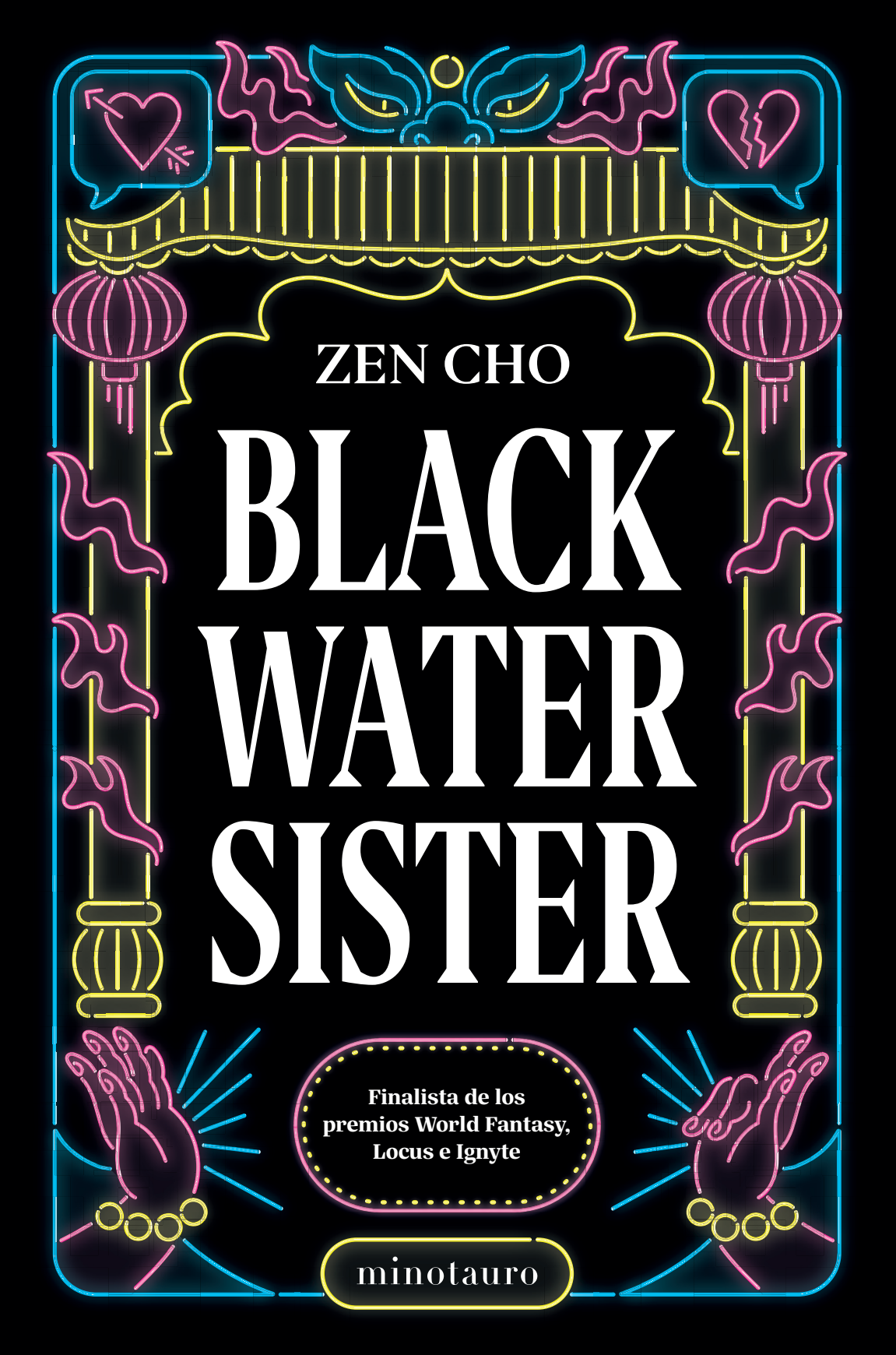




ZEN CHO

BLACK WATER SISTER

Finalista de los
premios World Fantasy,
Locus e Ignyte

minotauro

BLACK WATER SISTER

ZEN CHO

minotauro

Black Water Sister

Copyright © 2021 by Zen Cho

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Víctor Ruiz Aldana, 2022

ISBN: 978-84-450-1244-4

Depósito legal: B. 8.065-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

UNO

Lo primero que el fantasma le dijo a Jess fue: «¿Ya sabe tu madre que eres una *pengkid*?».

La intención del fantasma era asustarla. Por desgracia, no había llegado a contemplar la posibilidad de que Jess no supiera a qué se refería. Jess entendía casi todo lo que le decían en hokkien, pero sus únicos interlocutores eran sus padres, así que había ciertas lagunas en su vocabulario.

Jess apenas prestaba atención al fantasma. Tal vez la habría preocupado algo más si no hubiera estado siempre tan liada, pero, en cierta manera, llevaba oyendo voces desaprobatorias en la cabeza toda la vida. Normalmente oía la voz imaginada de su madre reprendiéndola en hokkien, pero el fantasma no sonaba tan distinto.

De todos modos, la voz de aquel fantasma se le quedó grabada en la mente. Al día siguiente, seguía repitiéndose la misma frase, con la persistencia de la cancioncilla de un anuncio que has oído de pasada.

Estaba esperando al tipo de la empresa de mudanzas acompañada de su madre, quien hurgaba en las bolsas de trastos que Jess había marcado para tirar, examinando cada objeto y apartando los que quería conservar. Jess se había pasado horas organizando sus cosas; aquel segundo repaso era totalmente innecesario.

Pero se recordó a sí misma que su madre lo estaba pasando mal. No era ninguna tontería tener que marcharse del país a su edad, por mucho que ella y su padre afirmaran estar volviendo a casa. De vuelta a Malasia, decían, como si los últimos diecinueve años hubieran sido una anomalía, y no la vida entera de Jess.

—Quedamos en que limitaríamos nuestras posesiones —le recordó Jess.

—Ya lo sé —respondió su madre—. Pero ¡mira qué preciosidad de cinta! —Sacudió una cinta de un rosa centelleante frente a Jess—. ¿No te la pones, Min?

—Papá me la regaló cuando tenía diez años —contestó Jess—. Ahora ya tengo la cabeza demasiado grande.

Su madre torció el gesto y soltó la cinta, pero no fue capaz de volver a meterla en la bolsa de la basura. Siempre había tenido una cierta tendencia a acumular cosas y se había visto agravada por su delicada situación financiera. Era como si le doliera físicamente tirarlas.

—A lo mejor se la puede poner tu prima Ching Yee —masculló.

—Ching Yee es mayor que yo —dijo Jess.

Sabía que estaba empezando a hablarle con sequedad. La paciencia no era precisamente uno de sus dones. Debía cambiar de tema.

La frase volvió a venirle a la cabeza. «Ya sabe tu madre que eres una...» ¿Una qué?

—Mamá —dijo Jess en inglés—, ¿qué significa *pengkid*?

Su madre dejó caer la cinta y se giró de repente hacia ella.

—¿Qué? ¿Dónde has aprendido esa palabra?

Sorprendida por el éxito de su plan, Jess respondió.

—No sé, la he oído por ahí. ¿No me la dijiste tú?

Su madre enderezó la espalda como un gato ofendido.

—Tu madre no dice esas palabras —replicó—. Si te lo ha dicho alguna amistad, no quedes tanto con ella. No es una palabra bonita.

Jess no pudo evitar reír.

—Mamá, no tengo amigos que hablen hokkien.

—Es una palabra malaya —continuó su madre—. Y yo la conozco porque una compañera me la dijo un día. En hokkien no decimos esas cosas.

—¿No existen tacos en hokkien? —preguntó Jess con escepticismo.

—No es un taco... —Su madre se interrumpió, consciente de que ya había dicho demasiado, pero Jess se aprovechó de la situación.

—Y, entonces, ¿qué significa *pengkid*?

Tuvo que insistir bastante antes de que su madre tirara la toalla y se lo contara, y, sin embargo, hablaba con tanta vaguedad y circunloquios («pues, a ver..., son las personas que... tienen un estilo de vida concreto...») que a Jess le costó un buen rato saber adónde pretendía llegar.

—¿Una lesbiana, dices? —preguntó Jess.

La expresión de su madre reflejó todo lo que necesitaba saber. Tras unos instantes, Jess soltó una carcajada.

—Y yo que empezaba a pensar que era una cosa horrible pero de verdad.

Su madre seguía en modo institutriz mojigata.

—No es bonito. Por favor, no digas esas cosas delante de la familia.

—No sé por qué te preocupas tanto —dijo Jess con sorna—. Si se parecen a ti, no voy a poder decirles nada. No me van a dejar hablar.

—Eso —contestó su madre—. Para decir esas cosas, mejor no digas nada.

La cinta seguía olvidada en el suelo. Jess la empujó discretamente hacia la bolsa de la basura.

—Venga, céntrate —le ordenó—. No vamos a acabar nunca. Acuérdate de que vienen a las cuatro.

—¡Ah, tu madre no es eficiente! —exclamó su madre.

Con todo, y a pesar de reconocerlo, siguió al mismo ritmo de caracol que antes, rebuscando en las bolsas como si, con el esmero suficiente, los restos de la infancia de Jess pudieran ocultar algún tipo de tesoro extraordinario.

Fuera cual fuera el tesoro, no reflejaría a la Jess actual. De niña, todo presagiaba que conseguiría lo que se propusiera. Sacaba notas ejemplares, iba a clases avanzadas, había entrado de cabeza en una de las universidades de la Ivy League...

Quién te ha visto y quién te ve. Hacía siete meses que había terminado la carrera, estaba en paro y no tenía planes a corto plazo. Todos sus conocidos de la universidad estaban ya metidos en un posgrado pijo o en alguna empresa grande y lucrativa del sector tecnológico. Mientras tanto, los padres de Jess se habían quedado sin blanca y allí estaba ella —su único seguro, su único plan B— gorroneando todavía de ellos.

—¡Ah! —gritó su madre, como si hubiera hallado la piedra Rosetta—. ¿Te acuerdas de esto? Ya de pequeña pintabas de maravilla.

El dibujo se le debía de haber traspapelado con otras hojas mucho menos interesantes, porque, de lo contrario, Jess no lo habría tirado. Su madre había guardado todas y cada una de las obras de arte que Jess había hecho en su vida, y trataba con la misma reverencia sus bocetos de infancia que las creaciones de su primera —y última— exposición fotográfica durante su penúltimo año de carrera.

El papel parecía frágil, amarilleaba y se había ondulado con los años. Jess percibió un aroma a ceras cuando se lo acercó a la cara y sintió un intenso acceso de nostalgia.

Aparecía una persona larguirucha frente a una casa, alineada casi a la altura del tejado. A su lado, había una figura más pequeña, con el rostro surcado por unas líneas paralelas de lágrimas negras. Estaban pintadas de naranja, porque Jess tenía problemas de niña para encontrar ceras que encajaran con el color de piel de las personas chinas.

Ambas figuras tenían los brazos levantados. En el cielo, en la esquina superior izquierda del dibujo, se alejaba el avión del que se despedían.

Jess no recordaba haber pintado aquel dibujo, pero sabía qué representaba.

—¿Cuántos años tenía?

—Cuatro —contestó su madre. Los ojos se le vidriaron al recordarlo—. En aquella época, tu padre todavía no podía trabajar en Estados Unidos. Menos mal que un amigo le pidió que lo ayudara en su empresa, en Kuala Lumpur, pero tu padre tenía que ir volando de un sitio a otro. Cuando volvía, se quedaba allí dos o tres meses. Tu profesora de la guardería me preguntó: «¿El padre de Jessamyn está en otro país?». Y luego me enseñó esto. Yo pensé: «*Alamak*, esto no está bien, Min acabará teniendo algún complejo». A punto estuve de llevarte de vuelta a Malasia, de olvidarnos de los Estados Unidos y a la porra las tarjetas de residencia. Lo más importante era que la familia estuviera unida.

Jess tocó el dibujo y siguió con los dedos las lágrimas de la niña. ¿Cuándo había llorado por última vez? Seguro que no fue cuando se despidió de Sharanya, sin que ninguna de las dos supiera cuándo volverían a verse. Le había contado un chiste malísimo que la había hecho reír y Sharanya la había llamado «imbécil» con lágrimas en los ojos.

Jess debió de llorar cuando su padre se llevó el susto del cáncer. Pero tampoco se acordaba. Lo único que recordaba eran las horas carentes de lágrimas en salas de espera, agotada hasta la extenuación, mirando por encima de la cabeza de su madre mientras esta lloraba.

—¿Por qué no volvimos? —dijo Jess.

—Al final, tu padre consiguió un empleo —respondió su madre—. Lo de los viajes duró muy poco. Ni que fueras una niña abandonada. Estabas conmigo. Has salido bien.

Con aquellas palabras parecía estar más bien buscando consuelo, aunque el tono fuera de una extraña indiferencia, como si estuviera ensayando una defensa que hubiera repetido muchas veces.

—Has salido bien —repitió su madre, antes de quitarle el dibujo a Jess, alisarlo y colocarlo sobre el montón de objetos que quería conservar.

—Sí —dijo Jess.

No tenía claro a quién estaban tratando de convencer.

Después de aquello, el fantasma la dejó un tiempo tranquila. Aunque, de todas formas, Jess tampoco tenía tiempo de preocuparse por las voces que le erraban por la cabeza. Dirigir una mudanza intercontinental le ocupaba todos los pensamientos. Su madre era una persona a la que todo le parecía igual de importante, conque habría podido encargarse si le hubieran dado tres años. Puesto que solo tenían tres semanas, dependía de Jess tirar del carro.

Su padre se había adelantado y se había marchado a Malasia para empezar en el puesto de trabajo que le había ofrecido su cuñado. En las videollamadas se le veía cansado. Había dejado de teñirse el pelo después del susto del cáncer; tenía la cabeza prácticamente gris. Al verlo, Jess se fijó por primera vez en la piel que le colgaba de la garganta, surcada de arrugas. Le daba un aspecto senil.

En ese momento, la asaltó un pensamiento inquietante y repentino: «Lo han conseguido. A base de insistir, se han salido con la suya». Tras años de insultos grandes y pequeños, de malentendidos con su acento, de menospreciar sus capacidades, de ponerle la miel en los labios para luego negársela... Los Estados Unidos al fin habían podido con él.

Jess se lo quitó de la cabeza. Su padre era un cincuentón. Asia estaba al alza. La mudanza a Malasia no era un fracaso, ni para Jess ni para sus padres. Era un nuevo comienzo.

Su subconsciente no las tenía todas consigo. Durante las vísperas de aquel trasiego de mudanza, había comenzado a tener unos sueños vívidos sobre Malasia.

O, vaya, al menos daba por hecho que se trataba de Malasia. Los sueños estaban bañados por una luz solar cegadora, un intenso destello que no había visto en ningún otro lugar. Identificaba el calor húmedo constante y la vegetación verdísima de sus visitas. Pero no había nada más que le resultara familiar.

Casi siempre estaba inmersa en algún quehacer mundano: fregando los cacharros, colgando una colada desgastada en una cuerda, lavándose con un cubo que había llenado del agua

helada de un depósito. A veces la ponían al cuidado de un bebé que no parecía que pudiera dejar de llorar. Le miraba la carita arrugada con un rencor calculado y lo odiaba, a pesar de saber que no había nada que hacer.

En un sueño, estaba al aire libre, observando cómo su propia mano trazaba líneas en el tronco de un árbol con la ayuda de un cuchillo. Un líquido lechoso fluía de los cortes. Ante ella se extendían filas y filas de árboles.

Había empezado de madrugada, aún a oscuras, notando una brisa fría y suave sobre la piel. El ambiente iba ganando calor y brillo a medida que trabajaba, iluminado por una luz plateada y, luego, dorada. Cuando dejaba las herramientas, el calor ya lo dominaba todo y el sol caía a plomo.

Cargaba con lo que había recogido hasta el río, donde se dedicaba a echar algo de agua en el líquido blanco, lo justo para que el administrador no se diera cuenta cuando pesara la cosecha. Y, aun así, seguía pagándole menos de lo debido. Todo el mundo sabía que el administrador era un estafador y él sabía que la gente intentaba engañarlo, así que todos eran víctimas de su propia hipocresía.

Recibir su salario implicaba que pudiera ir a la tienda a comprar carne y que pudieran comer algo más que arroz blanco. Cuando llegaba a casa, estaba cansada hasta los huesos, pero ponía el arroz a cocer y empezaba a cortar las verduras. Debía tener la comida lista antes del crepúsculo, antes de que cayera la noche, antes de que...

Pero Jess nunca llegaba a descubrir qué ocurría esa noche. Se despertaba en su saco de dormir, sola en una habitación a oscuras.

Durante un instante, no sabía dónde estaba. Habían enviado o vendido todo lo que había en el apartamento. Su habitación vacía parecía un lugar distinto, con ángulos y sombras alterados. Tal vez aún estuviera soñando.

—Mamá —le dijo más tarde—, ¿sabes cuando estás delante de un árbol y le haces cortes para que salga la savia? ¿Eso existe? ¿Es algo malasio?

Se arrepintió de la pregunta al instante. En su cabeza tenía todo el sentido del mundo, pero en cuanto las palabras tocaron el aire, le pareció un disparate. Con todo, su madre se limitó a asentir, como si fuera la pregunta más normal del mundo.

—¿La extracción de látex? —respondió—. Malasia sigue produciendo muchísimo, pero no tanto como antes. ¿Por qué?

—Vi un vídeo no sé dónde —contestó Jess.

No recordaba haber visto ni oído nada sobre la extracción del látex, pero su madre debía de habérselo contado en algún momento. El murmullo y la paz entre los árboles, el bebé de rostro sonrojado, sus propias manos endurecidas por el trabajo con las que debía mantener limpias las habitaciones de desconocidos... Todo perdía veracidad a la luz del día.

No eran más que sueños, se dijo Jess, el resultado de que su cerebro estuviera procesando la mudanza a Malasia. La extracción del látex debía de representar su ansiedad acerca de sus expectativas de empleo, la nostalgia por una época en que la vida era más simple, aunque tal vez más dura. Probablemente el bebé fuera su madre. Un psicólogo habría hecho su agosto con ella, pensó Jess con ironía, y se olvidó por completo de los sueños.

A Jess y a su madre las recibió en Bayan Lepas lo que parecía ser casi la mitad de la población china de Penang. Jess abrazó a su padre mientras el alud de familiares engullía a su madre.

Su padre apenas habló, pero tenía mejor aspecto que en las videollamadas, reanimado por el placer de la reunión. Olía como siempre, a una mezcla reconfortante de colonia Brut y jabón.

«Saldremos adelante —pensó Jess—. Tengo que conseguir que salgamos adelante.»

—¿Esta es Jessamyn? —le preguntó una visitante—. ¡Sí que has crecido! ¡Guapísima! La última vez que te vi eras así, ¿sabes?

Se hospedaban en casa de la hermana de su padre, en un barrio pudiente de las afueras. Su madre lo llamaba *bungaló*; por lo visto, los malasios utilizaban esa palabra para referirse a cualquier casa grande, aunque en este caso se tratara de una

vivienda de dos plantas. Más allá de la cancela de hierro forjado de la entrada había un jardín repleto de unas buganvillas extravagantes, de color magenta, melocotón y rosa palo. La casa, con sus muros color crema y tejado marrón, databa de los años setenta; el exterior tenía un aspecto algo maltrecho que ocultaba la prosperidad de la familia.

Dentro, la casa estaba limpia y se respiraba comodidad y vida, y era tan poco pretenciosa como sus propietarios. Los únicos lujos eran detalles sutiles: suelos de mármol en la primera planta, teca indonesia en la segunda. Todas las habitaciones tenían aire acondicionado y había ventiladores de techo por todas partes; estaba diseñada para aprovechar al máximo hasta la más mínima brisa, gracias a los agujeritos de ventilación que habían abierto en la parte superior de los muros externos.

Los hijos de Kor Kor se habían emancipado: la mayor trabajaba en Sídney y los dos pequeños estaban en una universidad de Melbourne. Los padres de Jess se quedaron con la habitación de la hija, mientras que a Jess le asignaron la que compartían los varones.

Su madre y su padre habían rechazado la invitación de Kor Kor a alojarse con ella hasta que encontraran casa propia (y esas habían sido sus palabras, aunque todos sabían que lo que realmente quería decir era «hasta que podáis permitirlos otra cosa»). Había hecho falta una cierta insistencia por parte de Kor Kor para desgastarlos. Durante una interminable videollamada, su madre al fin había balbucido:

—Mi madre murió hace unos meses. ¿Cómo vamos a quedarnos en tu casa? Para cuando lleguemos, ya casi será el Año Nuevo chino.

—*Aiyah*, no te preocupes. Soy cristiana —le dijo Kor Kor—. Yo no le tengo miedo a todos estos *pantang*. Si os quedáis conmigo, nos lo pasaremos mejor. Mis hijos están en el extranjero y no volverán para el Año Nuevo. Tengo lo del nido vacío. ¡Ay, la soledad!

A partir de ese momento, Jess se había imaginado que la casa de Kor Kor sería un lugar tranquilo. Sin embargo, y

aunque hubieran llegado a Penang semanas antes del año nuevo lunar, la casa estaba siempre hasta los topes. Jess no podía doblar una esquina sin tropezar con algún visitante, o con su aburrida progeñe.

Su tía estaba jubilada y era una persona sociable, pero no todos eran amigos suyos. Para sorpresa de Jess, resultó que los visitantes iban a ver a sus padres.

No se había imaginado que sus padres aún conocerían a tanta gente de Penang. De hecho, no creía posible que tuvieran conocidos en ningún lugar. Siempre los había visto como dos personas introvertidas a las que su entrega al trabajo y la familia no les dejaba espacio en sus vidas para una relación tan frágil como una amistad.

Ahora veía que aquel era uno de los cambios forzosos que habían soportado sus padres por el hecho de ser inmigrantes, después de haber cedido a la presión que ejercía sobre ellos. Entre amigos y familiares, gente con la que compartían idioma, acento, valores y preocupaciones, su madre y su padre eran dos personas distintas: seguras, gregarias e ingeniosas. Era Jess quien se sentía como pez fuera del agua, navegando por aguas que le eran desconocidas.

Sus charlas con los visitantes eran más bien interrogatorios dominados por las decisiones vitales que había tomado, pero por suerte no siempre esperaban una respuesta activa por su parte. Los conocidos eran perfectamente capaces de mantener una conversación con Jess sin ningún tipo de expectativa de que llegara a abrir la boca.

—¿Aún en el paro? Ah, una graduada de Harvard como tú no tendrá problema para encontrar algo.

—Estará esperando a la oportunidad adecuada —decía otra señora—. Los jóvenes de hoy día son exigentes. No se conforman con cualquier cosa.

—Lo que os pasa es que sufrís de abundancia —le espetó un visitante, y, satisfecho con la sentencia, repitió—: Sufrís de abundancia. —Le dirigió a Jess una mirada crítica con unos ojillos pequeños y brillantes—. En mi época valorábamos más

tener trabajo. Daba igual cuál. Puedes conseguir lo que sea si trabajas duro, sea lo que sea.

Jess esbozó una media sonrisa. Aquella era su táctica habitual cuando tenía que enfrentarse a hombres nocivos de cualquier edad. Pero su madre se encendió.

—¿Y por qué no va a ser exigente? Te pasas casi toda la vida trabajando. Lo mejor es que encuentre algo que le guste.

—No vale la pena ser la empleada de nadie, trabajar para otros —añadió la tía de Jess—. Lo mejor es que Min monte su propia empresa.

Kor Kor recogió un diario de la mesilla auxiliar y se lo mostró a la madre de Jess.

—Como este muchacho. Estudió en Oxford, trabajó en los Estados Unidos y volvió aquí a montar un negocio. Ahora tiene una cadena, le va muy bien. Ching Yee me llevó un día a una de sus cafeterías. ¡Veinte ringits por un café pequeño! Y no te pienses que era *kopi luwak*, ni mucho menos. ¡Un café normal!

—¿Cómo va a pagar la gente veinte ringits por un café? —preguntó una señora escéptica, pero Kor Kor insistió:

—Acércate y lo verás. Los jóvenes van ahí. Les gusta el estilo. Es hípster.

Pronunciaba «hípster» como si de una palabra de una lengua extraña se tratara.

—Veinte ringits por un café —repitió su madre, impresionada—. Los jóvenes de hoy día sí que saben cómo ganar dinero.

Le entregó el diario a Jess con un gesto esperanzado, como si con la presión moral suficiente pudiera persuadirla de unirse a las filas de esos jóvenes que tanto sabían cómo ganar dinero.

En el periódico aparecía un chaval de veintitantos años, vestido con el típico uniforme de milenial exitoso: camisa azul almidonada, tejanos grises y Vans blancas. Tenía la piel algo tostada y buen aspecto, sofisticado pero accesible. Parecía exactamente el tipo de persona que fundaría una cadena de cafeterías hípsters.

El tipo del «sufren de abundancia» estaba sacando la cabeza por encima del hombro de Jess, así que el «¡ja!» que exclamó a viva voz se lo soltó justo al lado del oído.

—Por favor, explícanos el chiste —le espetó Jess con mordacidad, al límite de su paciencia.

El visitante la ignoró.

—¿Ng Wei Sherng? ¡Esa es la última persona a la que debería imitar tu sobrina! —le dijo a Kor Kor—. Da igual lo bien o mal que vayan sus cafeterías. ¿No sabes quién es su padre? —Le dio unos golpecitos al rostro sonriente del joven—. Es el hijo de Dato' Ng Chee Hin.

—¿Qué me dices? —Su madre echó un vistazo por encima del hombro de Jess al periódico con un interés renovado—. Sí que es verdad, se parece a él. El chico es tan oscuro que ni me había dado cuenta.

—Su madre es india —apuntó el visitante con conocimiento de causa.

Su madre lo iba pisando, con ese estilo tan suyo.

—Pero ¡si es jovencísimo! Ng Chee Hin debe de tener setenta y tantos años, ¿no?

Una voz que no había oído hasta entonces repitió con sequedad: «¿Ng Chee Hin?».

Era la voz rasposa de una fumadora habitual, extrañamente familiar, aunque Jess no la reconocía. Echó un vistazo alrededor para ver quién había hablado, pero era incapaz de identificar cuál de las señoras lo habría dicho. Todo el mundo siguió hablando como si no hubieran oído aquella voz.

—Bueno, pero no está mal —comentó Kor Kor—. Que su padre sea rico no implica que sus hijos tengan éxito. La mayoría de los niños bien son unos ociosos, no les gusta trabajar.

—El problema es su padre —dijo el señor—. Ng Chee Hin es hijo de un extractor de látex. Pregúntate cómo ha podido hacerse tan rico que hasta el ministro va a su casa. —Sacudió la cabeza—. Mejor que tu sobrina se busque otro modelo.

—*Aiyah*, ¿y quiénes somos nosotros para juzgar? —replicó Kor Kor—. A lo mejor de joven era distinto, pero hoy día

Dato' Ng es un tipo muy decente. Kok Teng tiene un contrato con su empresa y dice que Dato' Ng es muy religioso, que siempre dona dinero a causas benéficas.

El señor resopló.

—¿Tú sabes por qué el chaval es tan joven? —le dijo a la madre de Jess—. Porque es el hijo de su tercera esposa. La mujer tenía veintitantos años cuando se casó con Dato' Ng, y él ya iba por los cincuenta. ¡Mira qué piadoso este Ng Chee Hin!

«¿Qué hacéis hablando de Ng Chee Hin?», preguntó la voz rasposa.

Los visitantes continuaron chismorreando sobre los ricos y sus pecadillos, habiéndose olvidado por completo de los planes laborales de Jess, salvo por Kor Kor, quien se escabulló de la charla general, algo incómoda.

—Lo único que me preocupa es que te acabes aburriendo, Min —le dijo a Jess—. Si estuvieran por aquí los niños, aún podrías entretenerte. Pero nos hemos quedado solos los viejos. No hay nada para jóvenes como tú.

—No te preocupes, se me da de perlas no hacer nada —respondió Jess, ausente.

Estaba intentando identificar a quién pertenecía aquella voz rasposa. No era capaz de relacionarla con ninguna de las mujeres sentadas alrededor de la sala de estar de Kor Kor, pero ¿por qué le resultaba tan familiar...?

Un recuerdo le reptó hasta la superficie de la mente. La misma voz diciéndole: «¿Ya sabe tu madre que eres una *peng-kid*?».

Jess se estremeció, muerta de miedo.

En el mundo exterior, su madre comentaba:

—¡No hacer nada no está bien! ¿Por qué no ayudas a Kor Tiao?

—Tengo que ir al lavabo —respondió Jess, cortándola.

En el baño, se lavó la cara y se la secó, prestando atención a su propia respiración.

El estrés la estaba sobrepasando y le hacía creer que estaba oyendo cosas. Tampoco era razón para perder los nervios.

Había tenido que gestionar muchas cosas a lo largo de las últimas semanas, y que la sermonearan constantemente unos desconocidos no ayudaba. Necesitaba bajar el ritmo, cuidarse un poco más. Podría pedir cita para una manicura o algo...

La voz atravesó todos esos pensamientos como una navaja.

«¡No has respondido a mi pregunta!»

Era como si el emisor estuviera a su lado. No podía verlo, pero era imposible dudar de que era real.

Se agarró al lavamanos y clavó la mirada en su reflejo aterrorizado en el espejo.

«¿Se puede saber qué miras? —preguntó la voz con impaciencia—. ¿Qué hablabais de ese cabronazo inútil? ¡Cuéntaselo a tu Ah Ma!»